

LATINOAMERICA Y EUROPA: ¿PODEMOS CRECER JUNTOS?

POR FRANCISCO J. ORTEGA, SUBGERENTE TECNICO DEL BANCO DE LA REPUBLICA

Deseo agradecer la invitación del European Management Forum al señor ministro de Hacienda de Colombia, para participar en este interesante diálogo con autoridades y empresarios europeos. Por razón de sus ocupaciones, que le han impedido salir del país, el doctor García Parra, muy a su pesar, no está presente para atender tan obligante compromiso.

Este simposio, al propiciar el intercambio de ideas y experiencias contribuirá a mejorar el conocimiento de empresarios y dirigentes europeos sobre los países de América Latina. A diferencia de tantas otras reuniones internacionales, esta por su carácter informativo no decisorio, representa una mejor ocasión para tratar aspectos concretos de la política económica. Su atractivo consiste en la posibilidad de situar los temas en un plano realista, de menor contenido anecdótico e ideológico. No otra cosa se puede esperar de una reunión que fundamentalmente busca fomentar la cooperación empresarial.

Entiendo el propósito de esta charla como una ocasión para informar a los participantes europeos sobre el pensamiento de mi país respecto a la importancia de las relaciones económicas con las naciones que integran la comunidad europea. Para desarrollar el tema debo referirme, en el marco de la situación reciente y de las perspectivas inmediatas, a los problemas y beneficios que para países como Colombia puedan derivarse de la evolución de las economías europeas.

Me parece entender que el título de este panel, denominado "¿Podemos crecer juntos?", tiene un significado más profundo del que se capta a primera vista. Pienso que sugiere la conveniencia de re-examinar nuestra posición respecto a los obstáculos para un crecimiento más armónico entre ambas regiones. Visto desde otro ángulo, se trata de destacar las oportunidades que se están desaprovechando y las causas de ello.

Seguramente estaremos de acuerdo en que ni unos ni otros hemos explotado todo el potencial de integración en favor mutuo. Un ejemplo de ello es lo ocurrido con el intercambio comercial. Es sabido el

cambio acentuado que ha sufrido el comercio entre las dos regiones. Es así como al considerar las cifras de América Latina durante el período 1974-76, cerca de 20% de sus importaciones se originó en países de la Comunidad Económica Europea, cuando para el trienio 1961-63 dicha participación era de 28%. A su vez, las importaciones de origen latinoamericano respecto al total de la Comunidad se han reducido de 8,1% en el período 1962-65 a 5,1% en 1973 (1).

En cuanto a la importancia relativa de las exportaciones a la CEE, estas han tenido un marcado retroceso, puesto que entre 1961 y 1963 representaban el 29% del total de América Latina y para el trienio 1974-76 tal porcentaje había descendido a 19,7. De esta manera nuestras exportaciones representan solo 3% del total de las importaciones de la Comunidad.

Al observar el caso específico de Colombia cabe señalar que para los dos últimos años (1977-1978) un 21,2% de nuestras importaciones tienen origen en la CEE cifra cercana a los promedios anotados y un 31,2% de las exportaciones totales van a esta región. Pero si de esta última cifra se excluye el café, su participación sería solamente 7,8%.

Las cifras anotadas indican un claro proceso de deterioro del intercambio comercial. Supongo que problemas como estos son los subyacentes en el interrogante que plantea el título de este panel, y sobre los cuales se pretende estimular la discusión, no para repetir lo conocido sino especialmente para indagar acerca de las perspectivas inmediatas.

Explicación del crecimiento

Para darle al fenómeno que brevemente hemos descrito una valoración y significado apropiados conviene establecer su relación con el proceso de crecimiento de las economías latinoamericanas. Es decir, refiriéndolo a la importancia del comercio exterior. Al entrar en esta materia, trataré exclusiva-

(1) Eduardo Wiesner "Europa y América Latina", conferencia presentada en Alpbach, Austria, en el simposio sobre bases para algunas fórmulas de cooperación.

mente el caso colombiano, porque, de una parte, es muy difícil y aventurado generalizar cuando se habla de países tan heterogéneos como los que conforman la América Latina y, de otra, porque Colombia puede constituir un caso interesante de estudio visto por separado.

Después de la conocida etapa de "crecimiento hacia adentro" basado en la actividad que estimuló la sustitución de importaciones, Colombia, desde la segunda mitad de la década de los sesenta, entró a una fase de prelación explícita hacia el fomento de las exportaciones y el fortalecimiento del sector externo. La capacidad que ya tenía el país hace más de diez años para estructurar sus propias políticas económicas, y la orientación que se desprendía de las condiciones prevalecientes en el resto del mundo, permitieron hacer la escogencia del sector exportador como el de máxima prioridad. La actividad exportadora permitía, en primer lugar, resolver el cuello de botella que la baja capacidad de importación y el déficit cambiario significaba para el aumento de la producción y el empleo. En segundo término, era la actividad que mejor se acomodaba a los problemas de la economía, en esa época caracterizada por un marcado excedente de mano de obra agrícola; una baja productividad del trabajo y del capital; y un lento proceso de formación de capital. La búsqueda de tasas de crecimiento más elevadas, que permitieran mejorar el ingreso per cápita y su distribución, requerían la contribución esencial de un sector externo dinámico.

La apertura de la economía y su mayor integración al comercio internacional ha traído excelentes resultados. El sector externo estimuló una reasignación de recursos que permitió obtener las máximas ventajas. Las tasas de crecimiento se elevaron sustancialmente, de 5% promedio en la década de los sesenta a 6% en los primeros siete años de la presente década y a 8,9% en 1978. En términos de empleo de la mano de obra, los logros han sido igualmente positivos, observándose una sostenida reducción de la tasa de desocupación urbana, la cual alcanzaba niveles cercanos a 15% en la última parte de los sesenta y recientemente ha estado en niveles entre 7% y 8%. Simultáneamente en el campo demográfico se ha experimentado una verdadera revolución al decrecer la tasa de aumento de la población en 1,2% en un período de menos de tres lustros. La economía se ha diversificado notoriamente, no solo porque el sector agrícola ha perdido importancia frente al manufacturero y al de la construcción, sino porque dentro de aquel se ha producido una transformación importante, consecuencia

de la elevación de los rendimientos, con ejemplos tan espectaculares como el de la revolución cafetera; y por la diversificación de productos con nuevas variedades orientadas exclusivamente al mercado externo. La modernización de la agricultura ha traído un aumento notorio de la productividad económica. Simultáneamente, la manufactura se ha reorientado hacia aquella de tamaño mediano y pequeño como en el caso de la metalmecánica, las confecciones, las fibras sintéticas, la industria de alimentos y la de máquinas y herramientas. Sobre el proceso de industrialización y su futuro una reciente investigación de FEDESARROLLO, entidad de reconocido prestigio académico internacional, dice: "La industria creada por el proceso de sustitución de importaciones, con base en la experiencia y el proceso de aprendizaje en el trabajo, llegó en muchas ramas a niveles de eficiencia económica que la asemejan a patrones internacionales. Su calidad y precios frecuentemente son competitivos internacionalmente, y esto hizo posible el inicio de la etapa de exportaciones de manufacturas" (2). Los índices del comercio exterior reflejan obviamente esta evolución de la economía; fue así como las importaciones aumentaron a una tasa anual de 10% en términos reales en el último trienio y las exportaciones en 14,2%.

En el pasado mes de julio, con motivo del Grupo Consultivo sobre Colombia organizado por el Banco Mundial en París, el ministro de Hacienda explicaba la nueva dimensión de la economía colombiana y para ello se refirió a los logros económicos y al relativo equilibrio conseguido en el frente social para mejorar la distribución del ingreso. Al respecto decía: "En suma, Colombia dentro de un régimen de libertades democráticas ha tenido en los últimos treinta años un importante proceso de desenvolvimiento económico y social con una inflación moderada. Las nuevas circunstancias de la economía colombiana hacen pensar que el país podrá sostener durante la próxima década un crecimiento promedio superior al de los últimos diez años. Dada la nueva tendencia demográfica, se podrían duplicar los ingresos per cápita de los colombianos en los próximos doce a catorce años".

Implicaciones de la situación internacional

El crecimiento colombiano de las dos últimas décadas ha estado entonces enmarcado en un modelo de fomento de exportaciones, con cambio de la es-

(2) Fedesarrollo, *La economía colombiana en la década de los ochenta*, Editorial Presencia, Bogotá, 1979, página 15.

estructura de demanda en favor de un segmento reducido de su población. Es indudable que el rápido avance de la economía mundial y del comercio exterior en este período contribuyó sustancialmente a favorecer el proceso de desarrollo. Sin embargo, el estímulo proveniente de algunas de las economías del centro, en particular la europea, ha sido limitado. Además, desde la crisis petrolera el panorama de la economía mundial ha estado bastante confuso. La inestabilidad ha sido su signo más característico. La crisis del sistema monetario internacional ha contribuido todavía más a que el horizonte se haya vuelto notoriamente incierto.

Los avances realizados en el manejo de la política económica colombiana en las últimas décadas, en particular en cuanto a armonización de las políticas monetaria, cambiaria y fiscal, han estado relacionados con la evolución favorable de la economía mundial y con una aceptable apertura de la misma. Los perjuicios que ha habido que afrontar por la irregularidad en la evolución de las economías del centro no son nada despreciables. Tomemos por caso la política cambiaria y los movimientos de capital. Estos han generado desajustes debido a que los flujos de capital a corto plazo dificultan el manejo monetario. La posibilidad de mantener políticas estabilizadoras se complica sobremanera cuando no solo no se respetan las prioridades domésticas sino que se busca alterarlas.

Para los países en desarrollo de tamaño medio como Colombia, la política óptima en materia de comercio exterior y pagos depende en buena parte de lo que se espera que ocurra en el resto de los países industrializados. La dificultad para predecir estas tendencias transmite inestabilidad a nuestras políticas, perjudicando el crecimiento. Indiscutiblemente los shocks de origen externo han sido siempre causa de rompimiento del equilibrio, como ocurrió en el caso de la balanza de pagos durante los años treinta. Cabe recordar que nuestros países hasta esa época mantenían unas políticas de apertura hacia el comercio exterior. Fue principalmente como resultado de la gran depresión en las economías del centro que se inició la era proteccionista en América Latina. Los problemas que afrontamos de nuevo pueden llegar a tener características aún más graves, ocasionando un traumatismo de profundas e inciertas consecuencias. Se están dando las condiciones para que se vuelvan a presentar efectos sobre nuestras economías que obliguen a llevar a cabo cambios acentuados de rumbo. Ello es muy probable de continuar la anormalidad internacional y la

tendencia proteccionista y discriminatoria de los países industrializados.

Por lo tanto, de no introducirse orden en la economía mundial pueden repetirse problemas graves que se creían superados. Las contradicciones que se enfrentan pueden conducir a que en la medida en que la economía mundial se vuelva más proteccionista y el mercado internacional de capitales sea más libre, con mayor movilidad y liquidez, el mantenimiento de las políticas de liberación a nivel doméstico se torne imposible, y casos como el de la tasa de cambio, las tasas de interés y la libertad de importaciones sufran grave retroceso. No sería extraño encontrarnos en la paradójica situación de que, por ejemplo, la liquidez del mercado internacional de capitales deba restringirse por los efectos nocivos que está generando a las políticas internas, en particular, los flujos desestabilizadores de capital (3).

No obstante los problemas que enfrentamos, en general somos optimistas respecto a la evolución de la economía mundial. A esta altura de la charla cabe volver a la pregunta original de si podemos crecer juntos. La respuesta es desde luego positiva. Para países como Colombia es esencial que las economías industrializadas avancen a tasas elevadas y estables para de esa manera poder contar con mayores oportunidades en el comercio internacional y con crecientes recursos de ahorro externo para financiar la inversión necesaria. De ello depende en buena medida el mantenimiento de las favorables tasas recientes de crecimiento económico y la conservación de las políticas autónomas.

En campos más específicos que los de las políticas globales hay áreas de común interés sobre las cuales cabe estrechar vínculos. Para nosotros en particular hay dos que cabría destacar: el de la tecnología y el de la financiación. En materia tecnológica Colombia está en una etapa intermedia que le permite avanzar rápidamente en la escogencia de los sistemas de producción apropiados a sus condiciones internas. Necesitamos una tecnología más moderna para varias ramas de la manufactura donde la competitividad y la absorción de nuevos procesos tiene una evolución autónoma. Posiblemente esta puede encontrarse mejor en Europa que en Estados Unidos o Japón. Las industrias de avanzada están en capacidad de absorber nueva tecnología, para lo cual proyectos de asistencia técnica y cooperación empresarial serán de gran interés.

(3) Ver a este respecto el artículo de Carlos Díaz Alejandro, *Some Historical Vicissitudes of Open Economies in Latin America*, mayo 1979.

Respecto a financiación, pensamos que siempre será importante transferir ahorro de estas economías a países como Colombia. El problema no es tanto de cuantías como de características y oportunidad. El financiamiento que se requiere debe tener plazos amplios y carecer de ataduras. El país ofrece condiciones atractivas que le permiten dar adecuadas garantías y seleccionar los préstamos que se ajusten a sus políticas y prioridades. Bien sea como inversión extranjera, sujetándose a los requisitos nacionales y del Grupo Andino, o como simple crédito, nuestra economía debe complementar su ahorro interno con capital foráneo para poder acelerar su desarrollo. Inversiones muy cuantiosas y rentables como las de minería así lo requieren. En este frente, por lo tanto, hay interesantes posibilidades de cooperación.

Para concluir diría que el futuro de la economía colombiana es ampliamente favorable. Su tasa de

crecimiento sostenido; la elevación del producto per cápita; un sector externo fuerte no obstante no ser exportador de petróleo; la ampliación de la capacidad de consumo, y su rápida diversificación, constituyen las características más sobresalientes. Por ello Colombia parece ser un lugar apropiado para iniciativas de inversión conjunta, dadas las favorables perspectivas en lo económico, social y político.

Para los empresarios europeos es importante que la economía latinoamericana crezca. Lo mismo que para nuestro modelo de desarrollo se requiere una economía mundial ordenada y próspera. Para ello las políticas de comercio exterior deben ser menos proteccionistas y discriminatorias. Sin una actividad exportadora dinámica la posibilidad de crecer armónicamente será una utopía. De ahí la necesidad de una mayor integración para que el progreso conjunto sea una realidad.